



## EL MITO DE COLON Y LAS POLEMICAS

PAOLO EMILIO TAVIANI

En marzo de 1988, presentando en solemne sede oficial la *Nuova Reccolta Colombina*, estuvimos puntualizando lo siguiente:

“La gran empresa del Genovés fué un descubrimiento, aunque no pueda considerarse, ni se debe hacerlo, exclusivamente como tal. No se trata aquí de eurocentrismo: no sólo Europa sino todo el Mundo Antiguo —incluidos Islam, India, China y Japón— ignoraba la existencia del Nuevo Mundo, así como ignoraba que desde hacía milenios allí vivían numerosas poblaciones con un nivel de cultura, civilización y poder en algunos casos muy elevado.

“Fué encuentro, pero también esta palabra —tan de moda en los últimos años— resulta problemática. De hecho, ya a partir del segundo viaje de Cristóbal Colón en demasiadas ocasiones prevalecieron los choques a desfavor de los encuentros.

“La definición más completa de la gran hazaña colombina es la de ampliación del mundo.”

Durante decenas de milenios los espacios del mundo permanecieron quebrados. Dos mundos se habían desarrollado, habían crecido, progresaban, criaban civilizaciones prodigiosas, y todo ello sin intercambio alguno, sin conocerse. Europeos, asiáticos o africanos ignoraban la existencia en el planeta de millones de americanos, los que a su vez desconocían que a sus antípodas, y más acá de ellos, tres continentes vivían su historia fervorosa, viva, intensa, compleja, desigual.

El 12 de octubre de 1492 Cristóbal Colón franqueó la barrera milenaria del Mar Tenebroso. El 16 de agosto de 1498 reconoció la existencia de una, hasta el momento desconocida, “infinitísima tierra”.



En 1513 Balboa llegaba al Océano Pacífico y en 1520 Magallanes descubría el estrecho que une a los dos Océanos.

En 1616 el barco holandés de un tal armador Horn doblaba el cabo meridional de las Américas y en 1727 el danés Bering —rusificado en Ivanovich— lograba la certeza de que América estaba separada de Asia. Finalmente, en 1770, Cook abría al resto del mundo los últimos espacios desconocidos: los de Australia Meridional.

Nosotros por tanto celebramos a Cristóbal Colón como al “*élargisseur du monde*”: feliz expresión de Paul Claudel.

Sería necio negar que a partir de la aventura del mismo Colón y después, durante el proceso que llamamos de ampliación del mundo, los europeos cometieran innumerables errores y también crímenes horrendos. También es cierto que el mismo camino del progreso humanos está esparcido de errores y crímenes y no son éstos que interesa aquí celebrar ni olvidar.

Aquí se inserta la valiosa argumentación de los contestadores: las celebraciones del Quinto Centenario de la hazaña colombina no pueden prescindir del reconocimiento de los gravísimos problemas que todavía pesan sobre América, en especial modo sobre América Latina.

Es un llamado al deber de los europeos, y del mundo entero, de no olvidar la “cuestión social” que aún hoy en día afecta a las Américas desde México hasta Paraguay.

La “cuestión social” es algo más y algo distinto de la nueva pobreza que hoy se detecta en Italia y Europa.

“Un obrero de la «*banlieu*» de París está más lejano del burgués de los bulevares que un siervo de la gleba del señor feudal”: así en 1848 podían sintetizarse los términos de la que entonces se llamó, y se siguió llamando durante un siglo, la “cuestión social”.

Se necesitaron décadas enteras, hasta dos siglos, para la primera toma de conciencia (Babeuf en 1739) y la evolución de la economía trajo con el “Welfare State” una solución no tanto, que conste, para los problemas sociales en sí, cuanto para la llamada “cuestión social”. Trátase por tanto de una solución valedera únicamente para las sociedades post-industriales del Occidente norteamericano y europeo y del Oriente japonés, australiano y neozelandés.

La “cuestión social” continúa afectando, más presente y amarga que nunca, a muchos de los países de América Latina, donde permanecen intolerables diferencias entre clases sociales y execrables miserias de las masas campesinas y urbanas.

Sobre este punto concordamos con los contestatarios.

A 500 años de distancia no puede darse por suficiente celebrar la gran hazaña de Cristóbal Colón. De ella hay que tomar motivo para



ayudar y sostener el desarrollo de América Latina: no sólo por razones éticas, sino porque justamente en ese continente va a decidirse el porvenir de la hodierna sociedad post-industrial.

Sin embargo, tampoco hay que caer en los excesos de quienes lleguen a afirmar que los americanos vivían felices antes de Colón, y que las infelicidades de hoy serían consecuencia de las hazañas de Colón y de los españoles.

Es esta una actitud tan anti-histórica de resultar expresión de estupidez más que de ignorancia.

Ante todo conviene puntualizar que toda colonización siempre llevó consigo aspectos extremadamente negativos y otros tantos positivos. Ingleses y holandeses, como también los italianos en África, son responsables de actos condenables tanto o más que los españoles en América.

También conviene considerar algunos datos: antes de 1492 casi todas las grandes etnias americanas —con excepción de los esquimales— aplicaban métodos de esclavitud más horribles aún de la ya horrenda esclavitud capitalista. Las divisiones en castas eran inflexibles, más duras que en la Europa pre-cristiana. Antes de 1492 muchísimas etnias americanas celebraban sacrificios humanos rituales. Antes de 1492 la gran mayoría de las etnias americanas subyugaban a las mujeres para el servicio exclusivo de los hombres. Antes de 1492, en las Antillas Menores y en la Amazonia se practicaba la antropofagia.

Un neoyorquino osó preguntar cuáles valores civiles y morales trajeron Colón y los españoles a las Américas: los valores de la civilización griego-romano-hebrea-cristiana con todos sus instrumentos, de la escritura a la rueda.

Para evitar cohartadas políticas, quizás sea oportuno puntualizar que la esclavitud negra —típica expresión capitalista nacida en Guinea y Portugal a mediados del siglo xv— penetró a América entre diciembre de 1501 y la primavera de 1502, es decir dos años después de ser destituido el Almirante. Es más, durante el primer viaje entre los 90 marineros había un negro, tal Juan de Canarias, que cobró un salario de 2.666 maravedíes al igual del marinero genovés Jacome el Rico y una decena más de andaluces. Es muy probable que un cierto número de negros —en estado de total libertad— participasen en el segundo viaje.

En fin, suenan a ridículas repeticiones las críticas que en esta especie de furor en contra del mito de Colón, suelen presentarse como novedosas: Colón no fue un santo y ni siquiera un gran político. La Escuela italiana siempre reconoció como graves estos defectos del temperamento y de la acción del gran genovés.

Ya en 1987 el genovés mons. Sanguineti sostuvo la inoportunidad de aviar un proceso de santificación de Colón, no solamente por no haberse éste casado con la segunda compañera de su vida, sino porque se había hecho culpable de haberle sustraído territorios al indio Quibian (IV viaje, Panamá), y antes (II viaje, La Isabela) de haber enviado 500 esclavos al mercado de Sevilla (la iniciativa fue reprochada y rehusada por los soberanos españoles).

No sirve objetar que éstos eran los métodos de la época, porque —como comentaba Alessandro Manzoni— con semejante criterio cualquier ilícito se volvería lícito, quebrándose así la moral.

La “fe” de Colón era tan fuerte como floja y desigual su “caridad”. Por ello no fue ni un gran ni un pequeño santo. Fue un convencido, profundo, tenaz “defensor fidei”.

Algunos científicos llamaron a Colón “aventurero”. Es una definición equívoca, sin embargo nunca rechazó, sino que buscó la aventura. La buscó a menudo e incluso, podríamos decir que siempre la buscó. La buscó y la vivió con desprecio del peligro; con el ardor y la valentía propios de quién está convencido de sus propias virtudes y de que está protegido por el apoyo divino.

El primer viaje transatlántico fue sin duda una fabulosa aventura; pero ya lo habían sido, en cierto modo, su viaje juvenil a Quíos y los realizados a Islandia y a Guinea. Y también fue una aventura el tercer viaje, conscientemente llevado a cabo en el suplicio de las calmas ecuatoriales y el incesante y tórrido calor. Pero la más sorprendente de sus aventuras o, mejor aún, una maraña de sorprendentes aventuras, fue el cuarto viaje, emprendido cuando su estrella ya había comenzado a declinar, con la precisa finalidad de circunnavegar el globo, y acabado con dos naves roídas por las tiñuelas, encalladas durante todo un año en Santa Gloria de Jamaica, en la playa más abierta de todas las que pueden encontrarse en las innumerables costas del mundo.

Y no sólo aventuras marinas. ¿No fue acaso una aventura su huida de Portugal para pasar a España donde porfió durante siete años, sin darse jamás por vencido, sostenido por la afanosa esperanza de realizar su gran proyecto? Y aventura fue la empresa terrestre llevada a cabo en la Vega Real, la fundación de Santo Tomás, en el centro de una tierra mucho más desconocida de cuanto lo había sido el Océano.

Toda la vida del Genovés fue una aventura; unas veces alegre, otras triste y otras más trisísima aventura. Pero es definido como aventurero por quienes quieren disminuir sus méritos; por aquellos que pretenden considerar sus éxitos como frutos de la suerte, o sea del azar.



En este sentido, Colón fue todo lo contrario de un aventurero. Es verdad que sus méritos dependen de sus éxitos; pero fueron la causa de los mismos y no su efecto.

Existe un dato, en primer lugar, que sólo puede negarse si se falsea la historia. El genio marinerero de Colón fue notable, verdaderamente excepcional. En varias ocasiones nos hemos extendido acerca de hechos, episodios y juicios que comprueban y confirman ampliamente nuestra afirmación.

En primer lugar, el rumbo o, mejor dicho, los rumbos.

Colón no descubrió solamente América, descubrió el rumbo de ida y el de vuelta entre Europa y el golfo de México. Mientras se siguió navegando a vela, los barcos que partían de los puertos españoles, portugueses, franceses e italianos con dirección a México, la desembocadura del Mississippi, cualquier isla del Caribe, Colombia o Venezuela, seguían el rumbo del primer viaje del descubrimiento. Y, a su regreso, navegaban al norte del Mar de los Sargazos, siguiendo el paralelo de las Azores. E incluso hoy, los que quieren cruzar a vela el Atlántico, escogen el rumbo del segundo viaje de Colón: el que lleva desde las Canarias hasta Guadalupe.

Poseía en gran medida las dotes físicas del marinerero. Michele da Cuneo escribió: "Sólo con ver una nube o una estrella por la noche, señalaba lo que seguiría y si haría buen tiempo; era él quien mandaba y quien hacía de timonel. Y después, cuando la tempestad pasaba, izaba las velas mientras los demás dormían."

Existe una prueba espectacular de sus extraordinarias, casi mágicas, dotes marineras. Durante el cuarto viaje, frente a las costas de Santo Domingo, se enteró de que treinta naves españolas se disponían a zarpar con rumbo a Europa llevando notables cargamentos de oro. Les mandó decir que retrasasen la partida, porque muy pronto estallarían una terrible tempestad. Sin embargo, ningún signo visible parecía confirmar el pronóstico de Colón. Ni el mar ni el cielo parecían amenazadores: en el momento de la partida el viento soplaba propicio en dirección este. En Santo Domingo se rieron de las aprensiones del Genovés y la impresionante escuadra zarpó. Antes de llegar al límite oriental de la Española el cielo se cubrió, el mar quedó en calma y se puso oscuro y el aire se volvió sofocante. Se anunciaba una tempestad, un auténtico huracán, pero ya no pudieron regresar porque faltaba en absoluto el viento. El huracán rompió los palos y dañó las quillas, destrozó cuanto había a bordo. La mayor parte de las embarcaciones se perdieron con sus tripulaciones y un enorme cargamento de oro: sólo cuatro naves consiguieron regresar, semihundidas, a Santo Domingo. Algunas otras consiguieron refugiarse, mal paradas, en las radas de la costa suroeste.



Sólo una nave, la más pequeña y más vieja, la Guecha, salió indemne y pudo continuar su viaje rumbo a España, ignorando la suerte de sus compañeras. En ella iba embarcado Alonso Sánchez de Carvajal, agente de Cristóbal Colón, que llevaba unos cuatro mil pesos en oro devueltos por Bobadilla a su legítimo propietario por orden expresa del Rey. Del mucho oro salido en dicha ocasión de Santo Domingo fue el único que llegó hasta España, donde fue regularmente entregado a don Diego, hijo de Colón. Al sorprendente hecho de que sólo el oro de Colón se hubiera salvado del huracán, se añadió otro no menos sorprendente: las cuatro naves del descubridor habían logrado salvarse, incluso la Santiago de Palos, que el Almirante se proponía cambiar.

¡Un extranjero orgulloso y además vidente, hechicero, capaz, por medio de artes mágicas, de producir un huracán que hunde las naves y sólo respeta las que le interesan!

Es obvio que Cristóbal Colón no era hechicero y que sólo por casualidad la única nave que consiguió llegar a España fue precisamente la que llevaba su oro. Lo que no es obvio es que Cristóbal Colón intuyera que iba a producirse un huracán, un fenómeno completamente desconocido por el mundo antiguo y del cual el genovés tan sólo había tenido una experiencia siete años antes. De tal forma demostró, una vez más, que poseía unas dotes insuperadas de profundo conocedor del mar.

Entre los principales estudiosos de Colón, Thacher, HARRISSE, CADDEO, DE LOLLIS, REVELLI, MORISON, BALLESTEROS BERETTA, CHARCOT, MADARIAGA Y NUNN confirman plenamente el juicio de Las Casas; “En el arte de la navegación Cristóbal Colón superó a todos sus contemporáneos.”

Acerca de ello, son muy raros los juicios discrepantes. El más drástico es el de VIGNAUD, cuyas experiencias náuticas, según parece, se limitaron a algún que otro recorrido en los bateaux-mouche del Sena.

Un gran marino, el explorador francés Charcot, observa oportunamente que “para juzgar a un marino es mejor conocer un poco las cosas del mar”; y define a Colón del siguiente modo: “Un marino que tuvo «le sens marin», el don innato y misterioso de saber elegir el camino en medio del mar.” “Los perros siempre han ladrado y seguirán ladrando, pero las carabelas han pasado. La obra de Colón es tan grande que desconcierta hasta el entusiasmo.”

El juicio más halagüeño que un gran marino podía darnos de uno de los marinos más grandes de todos los tiempos.

Colón también fue un gran geógrafo. Autodidacta, pero un sensible, agudo y genial geógrafo.

Entre los rasgos característicos del genovés, Humboldt, el más grande geógrafo del siglo pasado, señala la agudeza y la penetración con



que supo captar y combinar entre sí los fenómenos del mundo exterior. Apenas llegado a un nuevo mundo y bajo un nuevo cielo, observó atentamente el aspecto de las tierras, el de las plantas, las costumbres de los animales, la distribución del calor y las variaciones del magnetismo terrestre. En su Diario y en sus notas habla de casi todos los temas que ocuparon a los científicos de la segunda mitad del siglo xv y todo el xvi. A pesar de carecer de sólidos conocimientos de historia natural, su instinto de observación se desarrolla de distintas formas, en contacto con los grandes fenómenos físicos. No era un erudito; fue en gran parte un autodidacta, pero, a pesar de ello, consiguió ser un gran geógrafo.

Algunos críticos lo han definido un presuntuoso: sólo con la presunción no habría logrado la estimación y el afecto del padre Antonio Marchena y del padre Juan Pérez. Con la presunción no hubiera logrado tener tantos amigos, protectores, tanta gente que le apreciaba en la Corte española; no hubiera obtenido la comprensión, la confianza de la reina Isabel, una mujer de una inteligencia excepcional y de rara virtud.

Sólo con la presunción no hubiera convencido a Martín Alonso Pinzón, astuto y experto capitán de Palos, el hombre que comparte el mérito y la gloria de la gran empresa, el hombre al que Colón debe haber logrado enrolar gran parte de su tripulación.

Sólo con la presunción no hubiera logrado, en cualquier situación, incluso en las más difíciles y escabrosas, tener prestigio y ser respetado por sus marineros, por quienes siempre supo hacerse obedecer y respetar, incluso cuando la aventura de Santa Gloria acabó en tragedia.

El descubrimiento de Colón fue un mutuo descubrimiento porque los europeos, los asiáticos y los africanos conocieron la existencia de los americanos y los americanos la existencia del Mundo Antiguo y fue de proporciones superiores a las de cualquier otro descubrimiento o invento de la historia del hombre. A continuación, con el paso de los siglos, la medida de la importancia del descubrimiento de Cristóbal Colón se ha ido agigantando cada vez más, sea por el prodigioso desarrollo del continente americano, sea porque el descubrimiento dio lugar a otros muchos.

La magnitud de la obra que ha adquirido para la cultura greco-romano-hebráico-cristiana, el continente americano supera indudablemente los viajes de Colón, que, a pesar de los errores, los egoísmos, las violencias, no puede dejar de despertar admiración. Fue llevada a cabo, ante todo y sobre todo, por el pueblo español y, a continuación, de uno u otro modo, por todos los pueblos de Europa.

Pero este reconocimiento no puede privar de su valor al punto inicial de la misma obra.





Sin embargo, casi cada año, se enciende y se renueva, tanto en la prensa americana como en la europea, la polémica acerca del valor del descubrimiento de Colón y acerca de su efectiva prioridad.

¿Quién fue el primero en llegar a América? Es que nadie había precedido al genovés en la ruta atlántica? ¿Acaso las naves vikingas no habían ya llegado a Groenlandia y Canadá?

Se trata de una polémica que no tiene ninguna justificación en el terreno científico.

En efecto el problema no es de tipo deportivo, sino histórico. No se trata de establecer quien fue el primer europeo en pisar una playa del continente americano, sino de quién fue el hombre que abrió los espacios del mundo.

Según parece, los primeros seres humanos llegaron al suelo americano a través del estrecho de Bering durante el paleolítico superior, hace veinte, veinticinco mil años. Cuando Cristóbal Colón desembarcó en la isla de San Salvador, del archipiélago de las Bahamas, el continente americano estaba poblado por varios millones de hombres. Desde su extremo norte a su extremo sur. Su asentamiento en ella era de origen antiguo, puesto que grandes civilizaciones prosperaban desde hacía siglos en extensos territorios; e incluso las había que ya habían desaparecido o estaban en vías de hacerlo.

Por lo tanto, las discusiones acerca de quien fue el primero en llegar a América son superficiales y poco científicas. No había llegado uno, sino millones y más millones de hombres; o eran descendientes, por lo menos, de las numerosas parejas llegadas a ella a lo largo de los milenios transcurridos antes de 1492.

La única cuestión sería consiste en determinar si algún navegante de nuestra civilización greco-hebreo-romana-cristiana o de las civilizaciones del cercano Oriente llegó antes de Colón.

Eventuales y casuales contactos de algún otro europeo o de afroasiáticos con el Nuevo Mundo no dañarían y aún menos disminuirían el valor del descubrimiento de Colón. Como no lo dañan las empresas indudablemente memorables que constituyeron el perdido descubrimiento de los vikingos. Relativamente a esto último, nos enfrentamos con datos históricos indiscutibles. Pero son precisamente estos datos, los que nos aseguran que ninguno de los vikingos que llegó hasta las tierras nevadas del Labrador o hasta nueva Escocia o Massachusetts, fue consciente de que se hallaba en un nuevo mundo; ni hizo que el mundo civilizado de aquel tiempo, Cristiandad e Islam, tuviera conocimiento de ello. Como tampoco nadie de aquella parte del Antiguo Mundo que se asoma al Océano Pacífico y al Índico, nadie perteneciente a las



civilizaciones orientales —la China y la India— sabía absolutamente nada de la existencia del Nuevo Mundo.

Las expediciones vikingas por el Atlántico noroccidental, a pesar de ser ciertamente memorables, no ejercieron ningún efecto de importancia sobre la historia de la humanidad.

El continente americano siguió envuelto en el misterio.

El velo del misterio únicamente fue roto por el ingenio, la tenacidad y la fe de Cristóbal Colón, que no fue el primer hombre en pisar tierra americana, puesto que cuando él llegó, millones y millones de hombres ya vivían en ella. Ni tampoco fue el primer europeo en desembarcar en ella, tanto si hay algo de verdad en el fondo de la leyenda y de las hipótesis que periódicamente encuentran algún crédito, como porque ha sido comprobado que en el siglo XI los vikingos tocaron las costas americanas.

Pero, relativamente a los descubrimientos geográficos, la palabra “descubrir” no significa ser el primero en llegar —significa llegar y volver, referirlo a alguien que pueda repetir la experiencia.

Colón fue el primero en proporcionar al mundo antiguo las dos grandes noticias reveladoras. Una había sido ya prevista por algunos científicos y aceptada por algunos marinos; pero nadie había tenido el valor de comprobarla: al otro lado del océano no había el abismo, había más tierra.

Colón desembarcó en ella el 12 de octubre de 1492, fecha del inicio de una nueva era.

La otra noticia, fabulosa y hasta entonces únicamente fantástica, fue descubierta por Colón al llegar a la desembocadura de un río inmenso: el Orinoco. La noche del 15 de agosto de 1493 escribió en su Diario de a bordo: “Creo que esto es un gran continente, desconocido hasta este momento.” Y pocos años después escribiría: “Sus Altezas serán dueñas de estas tierras inmensas, que son otro mundo.”

Otro mundo, nuevo mundo: Europa, Asia y Africa tuvieron conocimiento de la existencia de un Nuevo Mundo. Y América tuvo conocimiento de la existencia de tres continentes. Así cambió profundamente el curso de la historia humana.

